

enteramente agrícola, y no obstante no haber seis que pasen de doce años: todo se reduce á procurarse niños á propósito con anterioridad, que suplan con su instruccion y buenas cualidades lo que en edad les falte. No hay, pues, nada utópico en el *Sistema universal*; ántes, al contrario, estoy íntimamente persuadido de que es el más ventajoso de todos los conocidos, con la circunstancia de ser aplicable á toda clase de Escuelas.

Cuanto queda expresado, si bien á ruego de V., lo he consignado con entera libertad, y sin ánimo de lisonjearlo en lo más mínimo, lo cual es impropio de mi carácter. Me he prestado á emitir mi parecer, en consideracion á la experiencia de diez años consecutivos en una de las Escuelas más numerosas de España, y en consideracion tambien á los conocimientos pedagógicos, aunque escasos, que me he visto en la necesidad de adquirir.

Doy á V. anticipadamente la más cumplida enhorabuena por el trabajo que prepara para la Exposicion universal; pues si ha de juzgarse por lo mucho bueno que de su fecunda pluma ha brotado, no dejará de honrar con él una vez más al Magisterio español.

Protéjalo Dios para continuar haciendo tanto bien á la humanidad, y reciba un afectuoso saludo del que lo admira y B. S. M.—*Pedro Joaquin Solér*.

Zuera 4 de Mayo de 1866.—Querido Valentin: He recibido tu favorecida y leído sus pocas líneas: tus cartas nunca pasan de una cara. ¿Qué te propones al pedirme por escrito mi opinion sobre tu *Sistema de enseñanza*? ¿No he visto tu Escuela cientos de veces desde el año 1849 que tuve el placer de conocerte dirigiendo la superior de Ejea,

mi pais natal? ¿No hemos hablado posteriormente, y con pertináz repeticion, de lo mucho que vale y por qué vale tu Escuela? ¿Por qué, pues, decirlo por escritos? Mas me lo suplicas y sería la primera vez que te faltase. «Que sea imparcial en mi juicio», me dices: ya conoces mi carácter franco, nada adulador y algun tanto descontentadizo; diré verdad con relacion á mi modo de ver las cosas.

Antes que publicases tu *Sistema*, en colaboracion con mi amigo y condiscípulo Lopez Catalán, lo conocia en tu establecimiento de esa capital. No puedo echar en olvido la agradable impresion que me producian los instructores. ¡Encantadoras criaturas! ¡Qué inclinacion al orden, qué entusiasmo por la enseñanza, qué celo por la disciplina! Y aún no era esto lo más notable; pues en mi sentir lo considero como consecuencia legítima de la amabilidad de aquellos niños, de su amor á la justicia, de su facilidad en la palabra, de su repugnancia al castigo, de su marcada emulacion, de su bondadoso carácter, en una palabra. De este modo ya se puede ser Maestro, me decia á mí mismo; de este modo no es un penoso sacrificio la profesion á que aspiro con vehemente deseo; de este modo no hay ninguna otra que aventaje á esta en placeres morales é intelectuales. Nunca, mi querido Valentin, te veia incomodado, y siempre ví derramando lágrimas á aquellos niños, que se hacian acreedores á sufrir tus suaves reprensiones. El intenso amor que te profesaban los discípulos me llenaba de una dulce complacencia.

En aquel tiempo tambien tuve ocasion de contemplar con admiracion aquella misteriosa campanilla de orden, á cuyo sonido quedaba la Escuela verdaderamente muda, y

cuyo sepuleral silencio era tan prolongado cuanto exigía tu voluntad.

Mas adelante, y cuando ya era Maestro, la autoridad local me dispensó el honor de nombrarme para sustituirte algunas semanas que habias de estar ausente, y, si he de decir verdad, estaba temeroso al principio; dudé de mis fuerzas, y solo me animaba la idea del corto tiempo que habia de estar al frente de una Escuela que me infundía un tan grandísimo respeto. Pero una nueva y grata sorpresa me aguardaba: los instructores redoblaron sus esfuerzos, los demás niños obedecieron ciegamente, y unos y otros (lo digo con orgullo) me amaron. Mas de una vez surcaron mis mejillas lágrimas de satisfaccion. ¿Y cómo nó, si todos los dias, ántes de empezar la clase, se rodeaban á mí los instructores y me preguntaban despues de saludarme: «¿Ha escrito D. Valentin?» «¿Cómo está?» «¿Vendrá luego?» Y afectado y llevándome el pañuelo á los ojos les contestaba: «Sí, queridos, está bueno; pronto vendrá» «¿No estais contentos conmigo?» «Si lo estamos, me contestaban, pero queremos ver á D. Valentin.»

Desde luego deseché todo temor y me persuadí de que podia dirigir cualquier establecimiento siguiendo al pié de la letra el mencionado *Sistema*. ¿Mas este lo es todo en una Escuela? Mucho vale y mucho se puede esperar de él; pero sin apartar la vista de aquel bellissimo artículo de tu obra que trata de los recursos propios del Profesor. Gran cosa son las bases de tu *Sistema*, y, en mi concepto, de todo punto irremplazables, si el Maestro ayuda con sus recursos propios. Tú los posees, amigo mio, en sumo grado; no parece si no que has nacido para vivir entre niños.

Doce años há ya que dirijo la Escuela de esta villa en propiedad. Desde el principio establecí tu *Sistema*, y aunque me ví algo contrariado por la falta de constante asistencia de los niños, hube de ir poco á poco ganando la voluntad de estos mis honrados convecinos; y alcanzando luego algun prestigio, lo empleé en vencer este gravísimo inconveniente. En el dia tengo la Escuela concurridísima, y marcha á mi satisfaccion.

Mas voy á decir en pocas palabras mi pensamiento, pues de otro modo sería interminable.

Tu *Sistema* se acomoda á todas las Escuelas, sean de pocos ó muchos niños, pero es un inconveniente para su acertada aplicacion la falta de asistencia diaria. Es, por otra parte, el único en mi concepto para poder dirigir Escuelas muy numerosas. Es asimismo el que debiera usarse en las prácticas normales; y es, por último, el que está llamado á generalizarse, por lo ménos en las capitales de provincia y en las demás poblaciones de alguna importancia por su vecindario.

Ya basta, querido Valentin: mi opinion te es favorable; pero ten presente que es pobre y desautorizada. Yo creo que te bastas á tí mismo, y que estás llamado á hacer imperecedero tu nombre entre el Magisterio público. Yo lo deseo muy de veras, como deseo tambien que no te falte la salud para poder soportar tanto y tanto trabajo como pesa sobre tí, y como pesará mientras cuentas con fuerzas. Te conozco, y admiro tu robustez en medio de tanto celo, de tanto entusiasmo y de constancia tanta.

Premie Dios tu amor á la enseñanza como lo desea tu comprofesor y amigo—*Jorge Luna*.

Maestros hay de algunos pueblos que están enteramente de acuerdo con la fórmula de enseñanza por que se rige nuestra Escuela, pero se quejan de que no les es posible procurarse buenos instructores, ya por la falta de asistencia de los niños, ya tambien porque los padres se oponen á que ejerzan sus hijos este honroso cargo. No podemos negar que estos son inconvenientes para llevar á cabo nuestro plan. ¿Pero son insuperables? Nos parece que no, y mucho ménos hoy que se va generalizando el deseo de saber y que se trata de impulsar á los padres á que manden sus hijos á las Escuelas. Si la enseñanza obligatoria llega á ser una verdad, quedará por completo vencido el mayor de los inconvenientes. Es cierto que si esta obligacion se ha de imponer solo hasta que los niños tengan nueve años, no es tiempo suficiente para alcanzar un gran resultado; mas tambien debemos confiar en que una vez generalizada la costumbre de mandar los niños á la Escuela, no es de suponer que la abandonen en tan temprana edad. Y además ¿no puede el Maestro persuadir á los padres de las inmensas ventajas que reportarán sus hijos frecuentando las Escuelas y desempeñando el cargo de instructores? Por nuestra parte podemos decir que hemos conseguido mucho en nuestras conferencias con los padres de familia y que nunca nos han faltado buenos instructores. Y aún dado el caso de que no se obligue á la asistencia ¿no ha de haber algunos niños, por pocos que sean, que las frecuenten sin interrupcion? Suponiendo una Escuela de sesenta niños ¿no ha de contar diariamente cuatro cada una de las secciones quinta y sexta?

Vamos ahora á contestar á otra objecion que alguna vez se nos ha dirigido. Los niños, se nos ha dicho, deben contar con una porcion de circunstancias para poder desempeñar el cargo de auxiliares, circunstancias que no se encontrarán en todos, y, por consiguiente, no todos los de las secciones superiores servirán para tan importante cargo. Imposible es, dicen, que todos obren con justicia; imposible que todos tengan celo; imposible que todos se expresen con facilidad; imposible, por último, que todos tengan buen carácter moral y que todos se hagan respetar de los niños que se pongan á su cuidado. Y nosotros decimos á nuestra vez: los niños que han de ser instructores segun nuestro plan saben mucho más que todos los demás niños de la Escuela, y esto les da una influencia indudable; todos ellos son dirigidos por el Maestro, quien les forma el carácter, si es que ya no lo tienen á propósito; el Maestro los vigila, los prepara para que enseñen, les da autoridad sobre los demás niños, les conserva el prestigio, les infunde valor en sus tareas, los habitúa á hablar en público y los acostumbra á obrar con arreglo á estricta justicia: y si todo esto no es bastante para alguno, lo priva del cargo de instructor en propiedad y permanece por algun tiempo como instructor suplente. Diremos de nuestro establecimiento que hemos encontrado niños más ó ménos buenos para instructores, pero nunca impotentes para este honroso cargo. Esta objecion queda, pues, sin fuerza alguna, no ya por las razones que hemos dado, sino tambien porque la experiencia nos ha hecho ver la verdad de nuestros asertos.

UN MEDIO DE FORMAR BUENOS INSTRUCTORES.

Para terminar esta parte de nuestro trabajo, vamos á indicar un medio que facilita á los instructores la expresion de las ideas. A este fin hemos procurado siempre que estos expliquen sus propias lecciones en nuestra presencia, y no contentos aún con esto, tenemos sesiones en diferentes dias festivos, en los que un instructor diserta sobre un punto señalado de antemano para todos; y una vez terminado su trabajo, se ve precisado á sostener los reparos que le hacen sus compañeros. No satisfechos todavía con esto, tenemos tambien algunos certámenes literarios privados, y en ellos, á presencia de personas convidadas al efecto, hablan sobre diferentes materias y sobre varios puntos no señalados con antelacion, sino indicados en el acto—y no por el Maestro—de entre varios que comprende un programa general escrito con este objeto. ¿Habrá alguno que sea capaz de sostener la ineficacia de este medio para facilitar á los instructores la expresion de sus conceptos? Pero dejemos ya esta parte, en la que no nos hemos propuesto más que hacer indicaciones, y pasemos á la segunda.

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

DESARROLLO DEL SISTEMA GENERAL POR QUE SE RIGE LA ESCUELA
QUE TENEMOS EL HONOR DE DIRIGIR.

UNA ADVERTENCIA.

LA debemos hacer á quien leyere, para que nos dispense la falta de belleza que necesariamente ha de tener este libro. Su índole nos priva de semejante placer. Y en efecto; ¿Qué belleza cabe en un libro en que apenas hay razonamientos científicos? ¿Qué belleza cabe en una sencilla exposicion del orden que debe seguirse en una Escuela? Ni estamos tampoco pesarosos por ello. Nuestro objeto se limita á hacer un libro útil, más que bello; un libro de aplicacion general, más bien que de ostentosa erudicion. Queremos mejorar la marcha de las Escuelas y ser útiles al Magisterio. Si esto conseguimos, nos basta, y nos daremos por sobradamente recompensados.